

en un brazo á su tierno hijo, colgando, como Mazeppa, de su caballo blanco, y escapándose así de la persecución de sus enemigos!

Un día vi á un soldado sacar chispas de un trozo de sílex, que al punto conocí que había formado parte de una punta de flecha. Me dijo haberlo encontrado cerca de la isla Cholechel, y que había muchos en ese sitio. Ese pedazo de cuarzo tenía entre dos y tres pulgadas de longitud; por lo tanto, la flecha aquella era doble mayor que las empleadas hoy en la Tierra de Fuego. Estaba formada por un trozo de sílex opaco, de color blanquecino; pero la punta y las aristas estaban rotas. Sabido es que ningún indio de las Pampas emplea hoy arco ni flechas, excepto (según creo) una pequeña tribu en la banda oriental. Pero esta última tribu está muy lejos de los indios de las Pampas y muy cerca, por el contrario, de las tribus que viven en los bosques y que nunca montan á caballo. Por tanto, parece que esas flechas son restos muy antiguos provenientes de los indios (1) que vivían antes de la gran mudanza producida en sus costumbres por la introducción del caballo en América.

(1) Azara duda que los indios de las Pampas hayan empleado nunca los arcos y las flechas.

CAPITULO VI

SUMARIO: Marcha á Buenos Aires.—El río Sauce.—La Sierra Ventana.—Tercera posta.—Caballos.—Bolas.—Perdices y zorras.—Caracteres del país.—Chorlito real, de patas largas.—Teru-tero.—Tempestad de granizo.—Cercados naturales en la Sierra Tapalguen.—Carne del puma.—Alimentación exclusiva de carne.—Guardia del Monte.—Efectos del ganado sobre la vegetación.—Cardo.—Buenos Aires.—Corral donde se matan los bueyes.

De Bahía Blanca á Buenos Aires.

8 Septiembre 1833.—Me convengo con un gaucho para que me acompañe durante mi viaje hasta Buenos Aires; me cuesta no poco trabajo encontrar uno. Ya es un padre que no quiere dejar partir á su hijo; ya vienen á participarme que otro, que parecía dispuesto á ir conmigo, es tan cobarde que si ve á lo lejos un avestruz lo tomará por un indio y huirá inmediatamente. Desde Bahía Blanca á Buenos Aires hay unas 400 millas (640 kilómetros), y así siempre se atraviesa un país deshabitado. Salimos una mañana muy temprano. Después de una ascensión de algunos centenares de pies, para salir de la hondonada de verde césped donde se asienta Bahía Blanca, entramos en una extensa llanura desolada. Está cubierta de restos de rocas calcáreas y arcillosas, pero el clima es tan seco que apenas se ven algunas matas de hierba marchita, sin un solo árbol, sin un solo tallar que rompa su mo-